

EL CIUDADANO. LA PRODUCCIÓN DE UNA VERDAD PÚBLICA¹

O CIDADÃO. A PRODUÇÃO DE UMA VERDADE PÚBLICA

JOSÉ JARA

Profesor del Instituto de Filosofía, Facultad de Humanidades, Universidad de Valparaíso, Chile

RESUMEN

En este artículo se pretende esbozar un nuevo perfil de los ciudadanos, teniendo en cuenta los diferentes modos de organización de los hombres en la sociedad, de sus acciones y políticas de proyecciones. Tiene en cuenta también la cuestión de la libertad, comúnmente, está vinculada a las transformaciones sociales que cubren la ciudad y de otros entornos, así como la variedad de condiciones en las que vive la población. Por lo tanto, las historias de las ciudades y de los países está en plena armonía con el difícil proceso de producción de los ciudadanos.

Palabras clave: ciudadano, los modos de organización social, la libertad;

RESUMO

Esse artigo tem como objetivo traçar um novo perfil do cidadão, levando em conta os diferentes modos de organização dos homens em sociedade, suas ações e projeções políticas. Leva-se em conta, também, a questão da liberdade que, comumente, é ligada as transformações sociais que abrangem tanto a cidade quanto outros ambientes, assim como a variedade de condições em que a população vive. Portanto, as histórias

¹ Una primera versión del *paper* fue presentada en el XII Simposio de la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política, *Iberoamérica: la ciudad y el poder*. Organizado por la AIFP y la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 12-13 de octubre 2011.

das cidades e dos países encontra-se em plena sintonia com o difícil processo de produzir cidadãos.

Palavras-chave: cidadão; modos de organização social; liberdade;

En el curso de la historia occidental la figura del ciudadano se ha perfilado de acuerdo a diversos modos de organización de los hombres en sociedad, así como de sus acciones y proyecciones políticas que a partir de allí se postularon y después se procuró realizar. La presencia de la idea de libertad ha estado continuamente entrelazada con las transformaciones sociales sucedidas en las ciudades, pero también ha sido experimentada por sus habitantes de manera diferenciada de acuerdo al lugar en que habitasen dentro de la disposición espacial interior a cada una de ellas, así como según cual fuese su condición geográfica relativa al país en que se encuentran. Desplazarse hacia la variedad de condiciones de existencia entre las que se ha desenvuelto la autocomprensión de los individuos como ciudadanos efectivos o nominales, el tiempo tomado por éstos para sopesar su real situación y asentarse en una comunidad, así como las alternativas de convivencia y de propósitos abiertos a partir de allí para comunidades posteriores, puede contribuir a delimitar y valorar más ajustadamente las variables de configuración del ciudadano, así como su paralela o simultánea y eventual desconfiguración. A través de la historia de ciudades de distintos países, seguramente han de encontrarse diversos aspectos, otras verdades en el arduo proceso de la producción de ciudadanos.

Entremezclado con mínimos antecedentes históricos, quisiéramos destacar algunas cuestiones específicas que parecen relevantes para visualizar una parte, al menos, de las situaciones en que se encuentran quienes detentan posiciones de autoridad pública en las actuales ciudades, pero también los habitantes de ellas, presionados ambos, entre otras cosas, por los cambios tecnológicos de inicios del siglo XXI y provenientes del siglo anterior, pero también por la explosión demográfica sucedida en los países de América latina durante el s. XX. Particularmente es en medio

de esta última, que la figura del ciudadano tiene que librar sus batallas de diverso tipo y cuantía, para no ser arrastrado por esa marea humana que inunda y desborda en especial a las grandes ciudades de la región.

Las ciudades en que comenzó a formarse ese conjunto de hombres que hacia el siglo XIX se calificó como a una clase social, la burguesía, surgieron en lugares con cruces de caminos que convocaban a la instalación de ferias, comercio, o bien en puertos, que en un primer momento atraían para participar en ellas a los hombres de poblaciones vecinas o incluso distantes, pero que más tarde también debían construir murallas y fuertes para defenderse de continuos asedios hostiles. Burgos en el s. X en España² y desde los siglos V y VI Borgoña³, situada entre las fronteras de lo que hoy son tres países: Francia, Suiza e Italia, dan muestras de tal comienzo, que con sus nombres contribuyeron a asentar aquel otro nombre de esa clase social posterior.

Paralelamente a estas dos ciudades y a partir del s. XI, en muchas otras de Europa comenzaron a generarse migraciones del campo a las ciudades, que acogían a quienes huían de las malas cosechas, de la gratuidad o el mal pago que los campesinos y vasallos recibían de los señores feudales. Las labores y los oficios que esos hombres comenzaron a desempeñar, contribuyeron a generar junto a artesanos, comerciantes, hombres de letras, el lento pero sostenido crecimiento y ascenso social de lo que en Francia se llamará en el s. XVIII el Tercer Estado o Estado llano. Se trata de ese nuevo estamento social situado por fuera de la nobleza y del clero, y que como burguesía participa en las primeras filas de ese movimiento históricamente revolucionario que, desde París, acaba por abolir el régimen feudal y señorial de la nobleza y la monarquía, así como el pago del diezmo que recibía el clero. La Constitución de 1791 consolida lo iniciado el 9 de julio de 1789 por la nueva Asamblea Nacional Constituyente, que mediante la Declaración de los Derechos del Hombre y del

² Aunque exhibe una larga historia que va desde asentamientos preromanos ya en 4500 a.C. hasta convertirse en la capital del reino de Castilla en 1038 d.C. y ser la ciudad en que en 1512 los Reyes católicos dictaron las leyes de Burgos, aplicadas en la conquista de América.

³ Con un variado movimiento sucesivo de habitantes celtas, galos, romanos, galo romanos y varios pueblos germánicos.

Ciudadano, al igual que con de la Constitución civil del clero en 1790, junto con asentar el ascenso social y político de la burguesía, sanciona la disolución de la desigualdad vigente entre los estamentos tradicionales de la nobleza y el clero, enfrente del resto de la población francesa.

En forma correlativa a esa compleja recomposición social allí iniciada alrededor del nuevo significado ganado para la noción de ciudadano, conjugado mediante las nuevas claves ilustradas de la libertad y la igualdad, cabe decir que, por lo pronto, en Francia se acrecienta el poderío político de su ciudad capital, a pesar de no tener en esos momentos aún una población numéricamente significativa. París representaba un 3% de la población de 23 millones (M) de Francia. Algo semejante sucede con las capitales de otros países europeos en ese fin de siglo.

Si nos desplazamos de continente hacia América latina y nos adelantamos en dos siglos, manteniendo la referencia a esta última variable demográfica de la población, podemos encontrarnos con importantes consecuencias para delimitar algún aspecto de la realidad actual del ciudadano en varios países de nuestra región. En lo que sigue, me referiré a algunos datos e información recogida por la Comisión económica para América latina y el Caribe, CEPAL, en diferentes documentos suyos y particularmente en *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir*⁴⁴. Pero a la vez procuraré conectarlos con nuestro tema del ciudadano y su condición pública.

De entre el total aproximado de 565 M de habitantes en América Latina y el Caribe hacia 2010, el 77.36% de ellos, es decir, 434 M vive en las áreas urbanas de los países que lo componen. A su vez, son sus capitales o las grandes ciudades de ellos en donde se concentra la mayor aglomeración de habitantes, así como se encuentra en ellas uno de los efectos sociales más devastadores para entrar tan siquiera a considerar la existencia de los valores de la ciudadanía. 180 M de ellos, el 32.1% de la población total del continente vive en la pobreza. Es decir, 1 de cada 3 habitantes

⁴⁴ Alicia Bárcena (coordinadora), Antonio Prado y Martín Hopenhayn, *La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir*. CEPAL, 31 de mayo 2010. 290 pgs. (Versión electrónica: www.cepal.org)

carece de ingresos suficientes para satisfacer sus necesidades básicas. De entre estos, 72 M, un 12.9%, vive en la pobreza extrema, lo que significa que 1 de cada 8 de esos hombres y mujeres no está en condiciones de cubrir sus necesidades nutricionales básicas, aunque gaste todo el dinero que obtenga en conseguir alimentos.

A pesar de que la tasa de pobreza disminuyó en América latina en su población total desde un 44% en 2002 a un 33% en 2008, y la de extrema pobreza de un 19.4% a un 12.9% en el mismo período, la pobreza afecta a la población de estos países entre un máximo de un 75% en Haití a un mínimo de 13.7% en Chile. En los niveles más altos de esta condición y por sobre la media de 37.5% de estos 20 países, tres de ellos quedan con un 68.9%, 61.9% y 60.5%, dos países tienen a más de la mitad de su población en la pobreza, con un 54.8 % y 54%. Cinco países cuentan a un poco por debajo de la mitad de su población en la pobreza, pero por encima de la media de la región, con un 47.5%, 46.8%, 44.5%, 42.6% y 39.3%. Dos de los países que tienen la mayor población del continente, México y Brasil tienen un 31.7% y un 30% en esta situación, considerando que la capital de la primera concentra el 19.5% de su población, 22 M, la mayor aglomeración urbana del país y de Iberoamérica, así como la segunda del mundo después de Tokio. Mientras que en Brasil, sus dos más grandes ciudades, Sao Paulo y Rio de Janeiro concentran el 17.3% de su población con 20 M y 12 M cada una, de los cuales casi el 40% en la primera y el 30% en la segunda habitan en favelas, es decir, con precarias infraestructura y equipamiento social. En seis países sus poblaciones bordean el 30% y el 20% de la pobreza, con 29%, 28.5%, 21%, 20%, 18.6%, 18.1%, mientras que dos de ellos se encuentran en el límite inferior con 14.8% y 13.9%.

Como dijimos más arriba, son 180 M de habitantes de los que difícilmente cabe esperar que tengan alguna noción o experiencia real de lo que significa la noción ilustrada de ciudadano, pero frente a los cuales también resulta complejo, si no imposible, o por lo menos conceptualmente resbaladizo, esperar comportamientos evaluables de acuerdo a ese criterio. Es una población que se ve enfrentada a situaciones de inequidad agobiadoras. Pues además no sólo el presente les resulta

diariamente hostil en sus condiciones de vida, también el futuro de ellos se avista ya con una carga negativa tan fuerte como la que hoy han de soportar. La desnutrición crónica que afecta especialmente a la población infantil de nuestros países, pero también a los adultos –y sin entrar en excesivos detalles numéricos--, en diez países oscila en sus cifras máximas en algunas de sus regiones entre 73.1% de su población y 38.2%, mientras que la cifra menor en esos mismos países se mueve entre un 21.7% y un 7.4%. En siete países esa cifra máxima de desnutrición oscila entre un 34.6% y un 10.3% y la mínima en ellos entre un 14.5% y un 1.2%. Sólo en uno de esos 18 países estudiados a este respecto, los extremos mínimos y máximos se reducen notoriamente, pues se encuentran entre 2.3% y 1.6%. Es en las zonas altas de Centroamérica y en las sierras y el altiplano

de los Andes donde se presenta la mayor vulnerabilidad nutricional de la población infantil, particularmente en familias de origen indígena, usualmente con madres analfabetas absolutas o con una educación primaria inconclusa, y en condiciones de pobreza extrema.

Es una situación que pareciera quitarnos el aire para una reflexión en torno a la ciudadanía, cuando ésta se ve coartada en su raíz misma o en el suelo en que debiera crecer. Si bien este es un hecho constatable mayoritariamente en zonas rurales antes que en las urbanas, en éstas se manifiesta por lo menos otro tipo de problemas. Las desigualdades producidas en las ciudades de América latina por la dinámica económica del libre mercado, se manifiestan en la segregación social que genera la multiplicación de poblaciones periféricas, marcadas por una marginalidad urbana que queda estrechamente asociada a condiciones laborales informales con ingresos salariales irregulares y generalmente insuficientes; son situaciones de desigualdad que dificultan notoriamente tan siquiera la posibilidad de una real aproximación a esa noción ilustrada de la dignidad humana en las condiciones de vida. Limitándonos a señalar un solo caso de una gran ciudad capital, con un índice de pobreza bastante por debajo de la media en la región, la concentración de pobres en su periferia marginal conduce a un hacinamiento de las familias entre un 10.2% y un 15.5%, lo cual trae consigo unas cifras casi paralelas de madres adolescentes, entre 12.5% y 16.9% de esas

poblaciones, mientras que por otra parte, el bajo nivel de escolaridad del jefe de hogar, de 7.1 a 8 años de estudios, genera una alta tasa de desempleo de éstos, que va del 25.7% al 35.4%. Estos asentamientos precarios en los márgenes urbanos con débil infraestructura de vivienda y de servicios públicos, conduce tanto a que quienes aumentan en algún grado su ingreso medio, pronto abandonen esas zonas; de ese modo se intensifica a la vez la segregación residencial entre los diferentes grupos socio-económicos de una ciudad o de una metrópolis, que tienen una escasa o nula convivencia entre ellos.

En medio de la segmentación socio-económica desigualitaria que se produce en las grandes capitales iberoamericanas, así como en las más importantes ciudades de cada país ¿cuáles pueden ser los eventuales elementos comunes relevantes en cuanto a ciudadanos, en que pudieran coincidir en sus condiciones de vida cotidiana los habitantes de esos distintos y, en los hechos, excluyentes sectores sociales? ¿Hasta qué punto puede ser común el nombre de ciudadanos para todos aquellos habitantes situados en tan desiguales niveles de realidad social? ¿Puede acaso aceptarse como suficiente que lo único que tienda a reunir a una importante mayoría de individuos que actúan como ciudadanos, sean aquellos escasos días de elecciones de autoridades civiles, locales o nacionales, en los que cada quien vale igualmente 1 voto? Ejecutando un mínimo desplazamiento en el horizonte de inteligibilidad de estas preguntas ¿cabe considerar que el ciudadano es también uno de los diversos resultados de las distintas facetas del proceso de producción de riquezas, existentes en diferentes momentos de la historia moderna y actual en las ciudades o en sus territorios aledaños, y que genera una disimetría de jerarquías entre los hombres, de manera semejante a la que se encuentra a lo largo de todo el escalafón de propiedad, de mando y de operación de tal proceso productivo? ¿No es acaso la segregación territorial de las ciudades y de la población humana que las habita, uno de los efectos de esa producción de riquezas que --en tantas ocasiones de antaño, pero también de hoy--, resulta inseparable de los diferentes grados de pobreza y miseria social y económica, entre los que se introduce también otro tipo de proceso: la disolución, la borradura de los contornos humanos, públicos y políticos de la figura del ciudadano? ¿No resuena acaso la palabra

ciudadano, en diversas ocasiones, más a un término carente de su significado conceptual, a una distorsión del lenguaje, o incluso a una afrenta o a una burla ante aquel a quien se la dirige, y que más bien reobra sobre quien la dice, desestabilizando su decir?

Las referencias básicas arriba hechas a un aspecto problemático que la pobreza pone de manifiesto para la delimitación de la existencia actual de la ciudadanía en importantes sectores de las sociedades latinoamericanas, no debería hacernos olvidar, al menos, algunos hechos contenidos en una mínima alusión histórica que también cabe hacer sobre comportamientos que dieron lugar a la condición igualitaria de la existencia ciudadana, por lo pronto, en el país europeo que primero comenzó a usar esa palabra. Tal vez hoy puede resultar difícil imaginar –sin caer en caricaturas-- cuáles hayan sido las enormes distancias existentes entre las desigualdades de los miembros de la sociedad francesa en los siglos del dominio político de la monarquía, junto a la existencia de las posiciones de privilegio social, económico, religioso de la nobleza y del clero, frente a todos aquellos que no pertenecían a ninguno de esos estamentos. Aunque ciertamente estas desigualdades adoptaban formas específicas, tanto entre los individuos al interior de cada uno de estos estamentos, así como en las relaciones propiamente estamentales entre los diversos miembros de cada uno de ellos. Y entre ellas, por lo pronto, se mantenía sin atenuantes sociales ni conceptuales el rol desigualitario de las mujeres: procrear y resguardar la vida doméstica y familiar. La obediencia se erigía como el eje principal de las relaciones personales y sociales entre los miembros de esos estamentos, de acuerdo al nivel de la jerarquía social en que se encontrasen. El resguardo de la conveniencia personal seguramente jugaba un rol importante a la hora de aminorar la carga subjetiva impuesta por esa obediencia, la que se adecuaba a las circunstancias y se reforzaba mediante el provecho de distinto tipo que ella pudiera traer consigo.

Aunque la libertad quedaba por lo menos cohibida bajo los actos de la obediencia, tal vez cabría considerar a ésta y a la conveniencia personal como las contrapartidas o bien como piezas del ajedrez que, durante mucho tiempo y a través de

mediaciones de muy distinto tipo, llevaron finalmente en los albores de aquella Revolución a situar a la dignidad junto a la igualdad y a la libertad, enunciadas en clave de la emancipación ilustrada que, para un reducido sector social, iba en ascenso en las últimas décadas del s. XVIII. Desde la postulación de la dignidad en términos de la racionalidad moral kantiana, y atravesando el largo período de altibajos políticos y de conflictos de constitución y estabilización de la república y de la ciudadanía en el s. XIX latinoamericano, pareciera que a partir del s. XX la dignidad comienza a perfilarse o a conjugarse, más bien, de acuerdo a la calidad y a los resultados de algunas políticas públicas aplicadas por los gobiernos del caso. Éstas llegan a convertirse, con variado éxito, en consignas políticas y electorales entre las que se juega la suerte del tan a menudo invocado y esquivo acercamiento de los distantes extremos sociales y económicos de los habitantes de una sociedad. Alimentación, salud, vivienda y educación han solido ser las áreas básicas de desarrollo de tales políticas. Así como las obras públicas y agricultura, industria y comercio, configuran la base de la estructura productiva de un país, que contribuirían a sostenerlas.

Si retomamos las preguntas planteadas más arriba acerca del nivel de realidad con que hoy podamos abordar en muchas ciudades de América latina la condición real de sus ciudadanos, y no dejamos en el olvido algunos cuantos antecedentes del largo proceso de transformaciones históricas que en Occidente han configurado el camino hacia la ciudadanía, podría verse al trasluz el componente de ficción que atraviesa a los discursos de la teoría y de la política. Un componente que, sin ironía, bien podría recrear aspectos de la utopía en las reflexiones de otros siglos. Unos postulados de igualdad y dignidad, que ante la dura realidad de amplios sectores de población latinoamericana, pueden revestirse con las características de una política-ficción cuando se constata más de un resultado de políticas públicas, que en ocasiones parecen asemejarse a los pasos de un Sísifo extraviado, al menos, entremedio de las variaciones al alza de los resultados demográficos en el continente.

Otras figuras se dejan ver también ante ese trasluz. Entre ellas: el discurso de una política que al postular, ficcionar una respuesta para una situación reiterada o

inédita, podría poner la primera piedra de una historia que eventualmente concluya con éxito la obra iniciada. O una realidad obstinada que convierta en ficción, en fuegos de artificio a las propuestas políticas que se consumen entre las palabras y la miopía o los desaciertos de sus correspondientes acciones. O logros y desafíos replanteados desde acontecimientos del pasado que con puntual periodicidad se ficcionan más tarde ritualmente, como habiendo sido ya alcanzados o renovados. O las reinterpretaciones de tales acontecimientos pasados que no temen ficcionar sus actos presentes, como una avanzada hacia un futuro que en su momento habrá de rendir tributo a esos predecesores visionarios, según las versiones que a sí mismos suelen contarse tales actores.

Cualesquiera sean las variantes mediante las que se concreten las relaciones entre la política, la ficción, la historia y la actualidad, el siglo XXI, con su entramado de desigualdades tan notorias en los espacios de la condición pública del ciudadano en América Latina, ya no parece ser un tiempo en el que se pueda intentar abordarlas para procurar resolverlas mediante una Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, como se hizo en 1789. Más bien esa condición actual de los ciudadanos parece requerir, cuando menos y preliminarmente, de un proceso de producción discursiva que reformule, rehaga –por lo pronto, en el campo teórico en que estas palabras se inscriben-- nuestra reciente historia social y política de los últimos dos siglos ya concluidos, o por lo menos del último de ellos. Y esto, en el caso que se conceda que el siglo XIX puede haber sido básicamente uno atravesado conflictivamente en toda su extensión por la exploración, ensayos de diseño, ejecución y apropiación de la condición republicana, luego de tres siglos de coloniaje político y de –digamos con benignidad-- mestizaje socio-cultural cruzado también por conflictos de diverso tipo. Tal vez así podríamos llegar a producir un tipo de enunciados que, al considerar la compleja trama del proceso de producción de riquezas, con la carga desigualitaria de su distribución que suele traer consigo, se conviertan en unas prácticas discursivas con una mayor densidad material y específica, que les permita participar con consistencia y sin demasiado rubor ni pudor ante los conciudadanos de hoy, en los debates políticos que una y otra vez se reabren en torno a la figura real de

la noción de ciudadanía. Debates ante los que estas prácticas discursivas habrán de tomar posición y decidir en consecuencia, de manera que frente al ejercicio de aquella racionalidad ilustrada de las Declaraciones de fines del s. XVIII, tendrán de asumir el costo de perder la aspiración a la universalidad propia al discurso de esa racionalidad, de la que hoy se exhibiría su haber entrado en un estado de suspenso o de franca crisis.

Al ejercitar un viraje de este tipo en la ruta hacia una reinterpretación de las condiciones de existencia del ciudadano, en una dirección que recoja, por lo pronto, algunas de las cuestiones señaladas en el campo de la demografía y sus efectos sobre la distribución y segregación espacial, socio-económica y cultural presentes en las ciudades latinoamericanas, se podría abrir una reflexión sobre tales elementos, que permitiese acceder a lo que pudiera denominarse como el proceso de producción de una verdad pública de los ciudadanos de uno u otro país de América latina. Y eso, tal vez como preámbulo para una eventual ampliación del viaje hacia otras regiones del continente.

REFERÊNCIAS

AIFP y la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 12-13 de octubre 2011. Una primera versión del *paper* fue presentada en el XII Simposio de la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política, ***Iberoamérica: la ciudad y el poder***. Organizado por la

BARCENA, Alicia (coordinadora), PRADO ,Antonio y Martín Hopenhayn, ***La hora de la igualdad: brechas por cerrar, caminos por abrir***. CEPAL, 31 de mayo 2010. 290 pgs. (Versión electrónica: www.cepal.org)